

# Una tarde con Henry Moore

SERGIO MONTECINO\*

A la edad de 88 años (nació el 30 de julio de 1898) falleció el ilustre escultor inglés Henry Moore.

Nos cupo la feliz oportunidad de conocerle y disfrutar de su hogar una tarde de noviembre de 1956, cuando el Consejo Británico nos concertó una entrevista con él la ocasión en que visitamos Londres. Hoy han transcurrido treinta años, y es en esta crónica que rememoramos los episodios de esa entrevista.

Decíamos que el Consejo Británico, con esa asombrosa e indiscutida perfección para otorgar a sus invitados las mayores facilidades para desenvolver sus actividades durante su permanencia en suelo inglés, nos preparó la entrevista con el notable maestro.

En un automóvil de esa alta y prestigiosa institución cultural viajamos los 50 kilómetros que separan su residencia del centro de Londres. (Con nosotros también viajaba un joven escultor australiano que venía especialmente a visitar al artista).

En estas breves líneas evocadoras, simplemente deseamos describir a Moore en su calidad humana, sin introducirnos en el estudio de la compleja nomenclatura de su pensamiento estético y de cuyo análisis, por lo demás, ya sobradamente, se ha hablado en la vasta literatura existente escrita por los especialistas.

Moore, no cabe dudas, es el indiscutido maestro escultor de las últimas

\*El autor, Sergio Montecino, es pintor de la Generación del 40. Crítico de arte. Profesor de Artes Plásticas. Premiado varias veces en Chile y otros países.



Henry Moore, fotografiado por Roger Wood en 1955, en Londres.



Henry Moore: "La mecedora". Bronce.



Henry Moore: "Tres figuras de pie". (Battersea Park, Londres).



Henry Moore: "Rey y reina". (Col. WWJJ. Keswick, Dumfries, Escocia).

décadas. La originalidad y alta calidad de su lenguaje estético concitan alrededor de su arte el más profundo interés; de ahí la descollante nombradía alcanzada.

Con plena justicia se le menciona junto a los más grandes creadores del siglo xx.

En los tres talleres que poseía en su casa de campo de Hoglands, pudimos conocer toda su evolución artística. Desde sus primeras obras realistas hasta sus proyectos (entonces no eran sino proyectos) para el monumento que, hoy terminado, está emplazado definitivamente frente al edificio de la UNESCO en París.

Moore no gustaba hablar demasiado de sus obras.

No era de aquellos que hacen como un oficio de retórica y frases alambicadas —en la mayoría de los casos signo de pedantería— cuando explicaba el porqué de sus concepciones escultóricas. Hablaba sin afectación. Conversaba naturalmente, sin apremio ninguno.

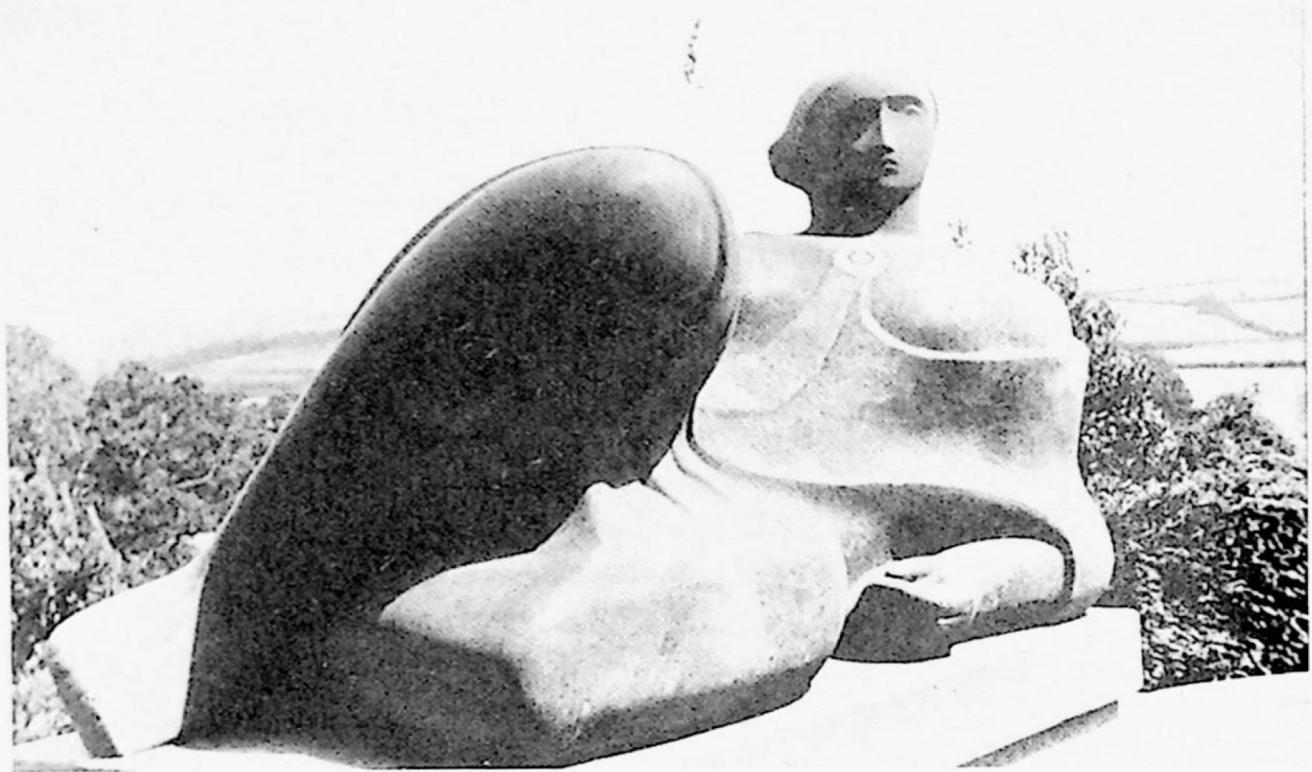
Distantes unas de otras en el parque de su casa se encontraban algunas de sus esculturas más famosas. Cuando pasamos, por ejemplo, frente a uno de sus célebres desnudos yacentes y en cuyas masas internas han sido elaboradas hoquedades de movidas formas “el pecho atravesado por cavidades, incrustadas en la piedra a manera de corazones abiertos o de grutas corporales de emoción material”, Moore se refería a ellas simplemente y diciendo que estas concepciones fueron creadas con el deseo y la intención de encontrar formas interiores dentro de formas externas. Nada más.

Sobre estas obras, los ensayistas han escrito diversos juicios. Un crítico inglés, por ejemplo, así dijo: “Sugieren formas fósiles, como para dar a las esculturas un parecido a esas entalladuras naturales que se forman en la orilla del mar o en el lecho roqueño de un torrente rápido. El agua y el aire ahuecan la roca en un sitio y le dejan en otro protuberancias; las figuras de Moore relacionan así la forma humana con las formaciones naturales de la madera y la piedra y aún con formaciones mayores como la de una cordillera”.

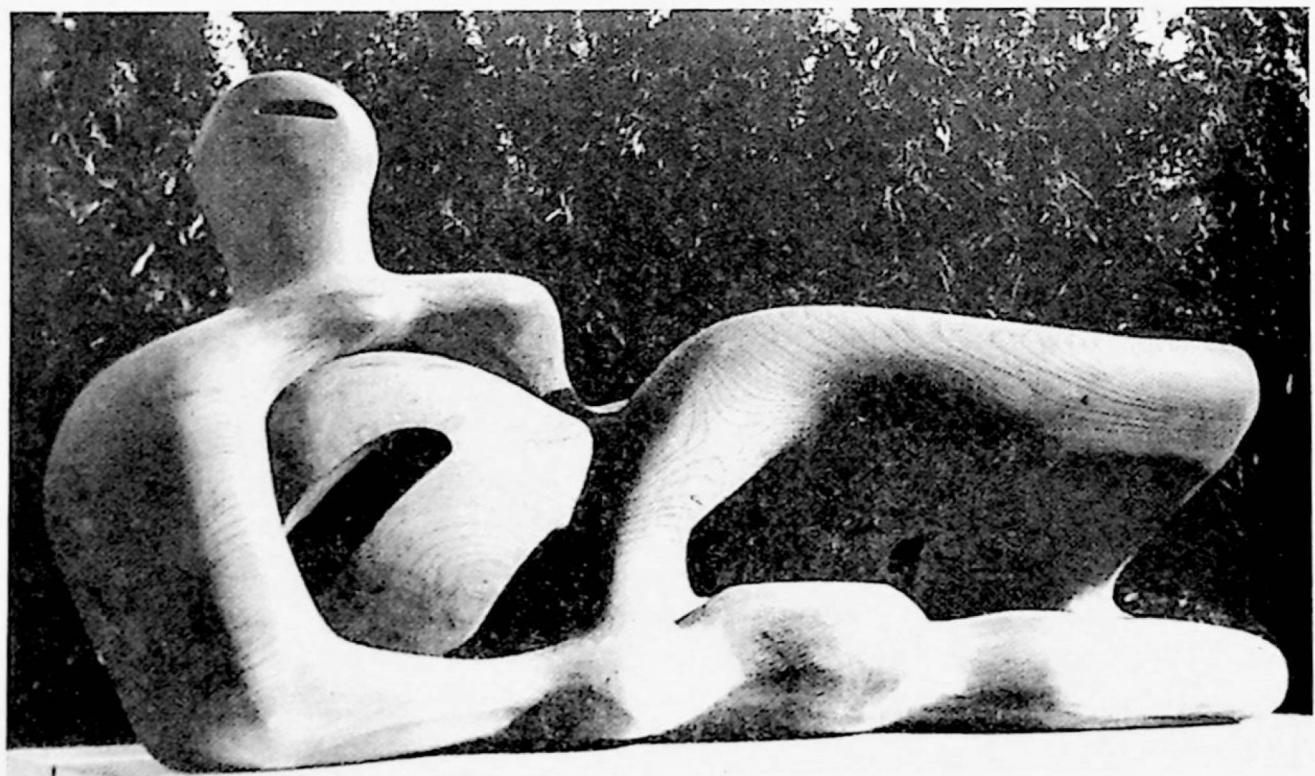
Moore, era un inglés típico: atlético, dinámico, vital. Era el séptimo hijo de Mary Baker y del minero del carbón Raymond Spencer Moore. Participó en la guerra del 14, herido en la batalla de Cambrai; inválido regresó a Londres. Estudió escultura en la Academia de Artes de Leeds; becado por el Colegio Real partió en viaje de estudios a París, Roma, Florencia, Rávena, Venecia. En seguida tomó una cátedra de escultura.

La residencia de Moore, distante hora y media de Londres en la aldea de Much Hadham, en el sector llamado Peer Green, era una casa casi campesina de piedra y maderas con un pequeño jardín de entrada.

Cuando le visitamos le vimos con su *sweater* negro, su pipa. Por el rubio



Henry Moore: "Figura recordatoria". Piedra. Se conserva en el Dartington Hall, Devon, Inglaterra.



Henry Moore: "Figura reclinada", en madera de olmo. (Cranbrook Academy of Art, Bloomfield Hills, Mich. USA).

pelo y su porte mediano, perfectamente podría confundírsele con un anónimo marinero de barco mercante. Santiago del Campo lo describe así: "Fuerte, mediano de estatura, el rostro rojizo, con profundos surcos en las mejillas; los ojos azules; la ceja derecha más alta; la nariz aguileña; la boca de comisuras hundidas hacia abajo —como en las máscaras de la tragedia griega— pero sin acritud patética; las orejas pegadas; el pelo rubio entrecano, ceniciente, partido al medio, y cortado como al descuido. Sonrisa ancha, sus dientes dispares, abiertos; la expresión viva de un hombre claro, vigoroso, neto".

Cuando vino a abrirnos la puerta de la verja baja y blanca que circundaba su casa, no nos pareció estar frente al artista más importante y respetado de su tiempo, sino que estábamos frente a un antiguo amigo que no hacía mucho habíamos dejado de visitar.

A la hora del té —importantísimo ritual de la civilización inglesa—, el tono familiar que usara cobró mayor simpatía. Su mujer, de ascendencia yugoslava, Irina Radensky, presidía la mesa y puso un acento más grato cuando delicadamente ofreció las vituallas que adornaban sobriamente la mesa...

En las estanterías del *living* se admiraban objetos que el artista había colecionado de distintos países visitados, en especial arte precolombino. Mi mujer, como recuerdo, le ofreció para su colección algunas cerámicas de Quinchamalí que portábamos para dejarle de obsequio.

Moore inquirió noticias sobre la escultura chilena. Después habló de algunos escultores italianos, de los comienzos del cine artístico, se recuerda a Elmer, a Chaplin, y otros temas. El joven australiano que nos acompañaba le trajo saludos de amigos comunes.

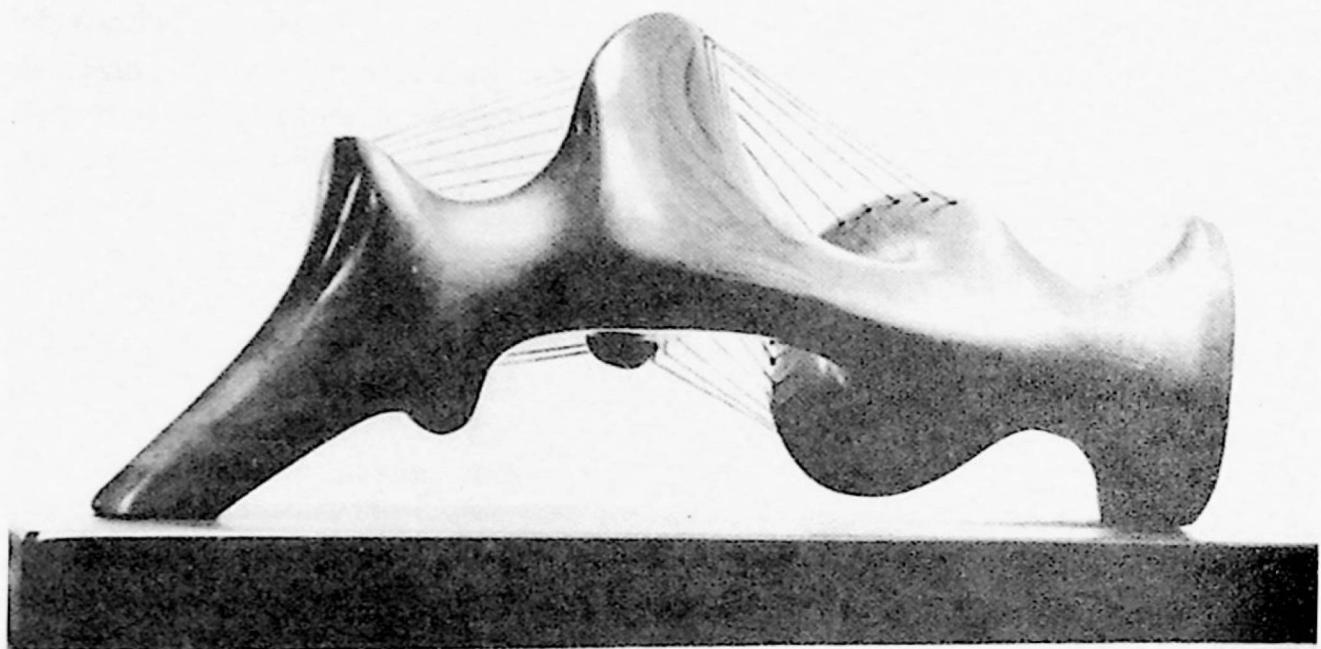
A una pregunta nuestra sobre su obra, Moore nos respondió que sólo consideraba como su período abstracto aquella etapa de la Segunda Guerra Mundial cuando creara aquellas esculturas no figurativas, cuyos vanos interiores el artista teje con hilos metálicos o cuerdas tensas, que llegan a semejar arpas curiosas o extraños instrumentos extraterrenos de caprichosos contornos.

En uno de sus talleres —ya se hacía de noche— trabajaba uno de sus ayudantes, desbastando un enorme tronco para realizar una crucifixión.

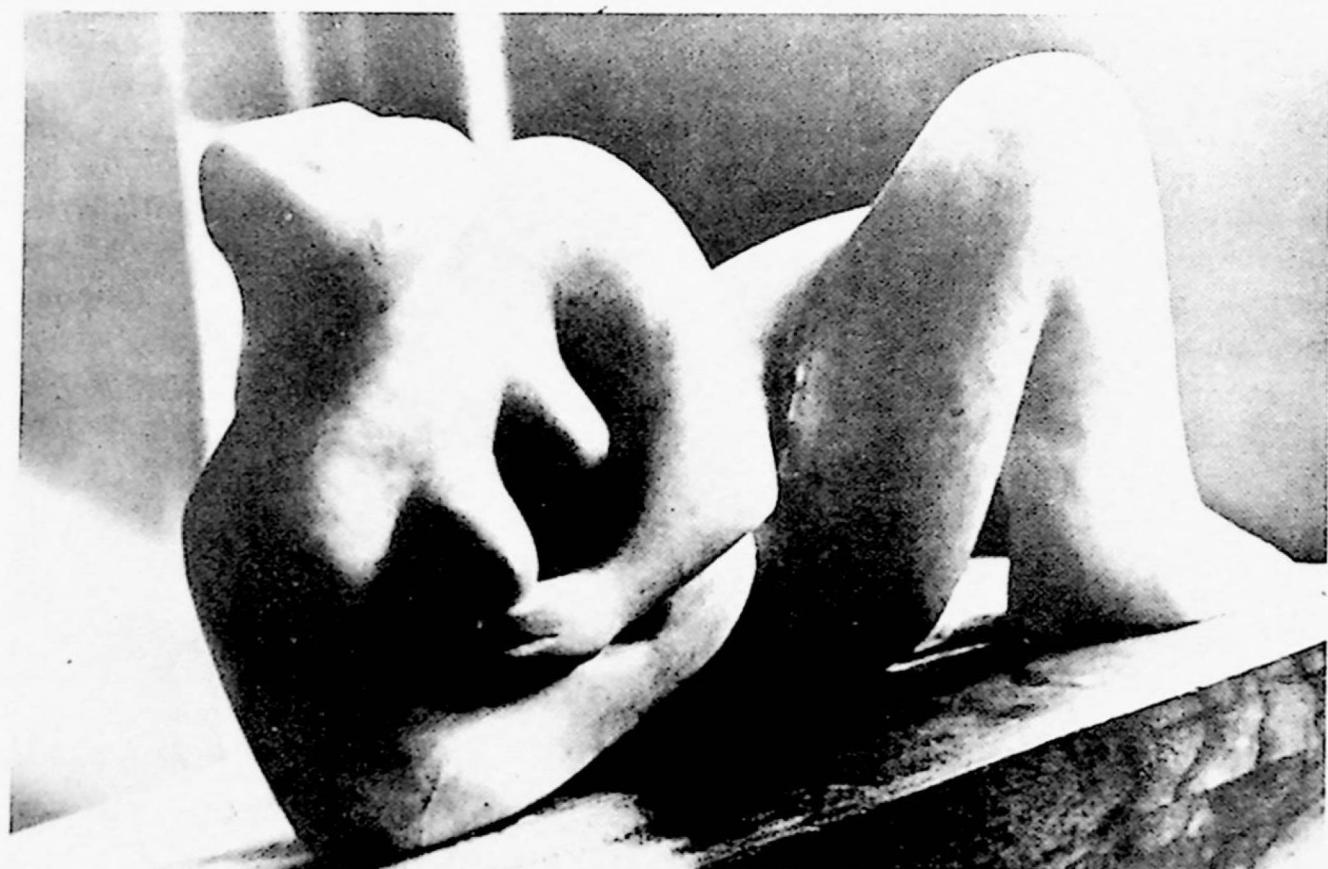
A nuestro lado pasó un jardinero, que momentos antes estuvo podando una zarzamora de cultivo y con quien Moore cambió frases de extrema bondad al interrogarle cómo iban los trabajos del jardín.

Hicimos una última visita a otro de sus talleres, cuyas estanterías se cubrían con centenas de pequeños bocetos y proyectos diversos.

Con frases de sinceros agradecimientos de nuestra parte, por la cordial



Henry Moore: "Figura". Material: plomo y alambre.



Henry Moore: "Figura reclinada". Material: alabastro.

acogida que nos dispensara el maestro, le dijimos hasta pronto. Dejamos Peer Green y regresamos a Londres.

La campiña inglesa, amable, limpida como un solo y extenso parque donde a la vera de los caminos se admirán pintorescos almacenes y tabernas de anuncios pintados como escudos o blasones heráldicos y algunas casas campesinas todavía con techumbres de pastos, iba envolviéndose con una imperceptible niebla que paulatinamente se espesaba en el otoño inglés que estaba en su apogeo.

Penetramos Londres por Hertfordshire, cruzamos Middlesex, el Marble Arch, Kensington Avenu, etc., y llegamos a nuestro hotel, el Adria Hotel, ubicado en un barrio pavimentado con ladrillos rojizos y cuya arquitectura, en su estilo, de pórticos todos iguales, de columnas negras, escaños blancos, rejas de fierro y entradas como mausoleos, parece en sus seis o diez manzanas repetidas y todas iguales un gran camposanto.

En el comedor del hotel, mientras recordábamos los instantes vividos junto a Henry Moore, el gran artista fallecido, nos parecía ver que todos los pasajeros que entraban y salían, con la actitud hierática de los ingleses, de absoluto dominio de sus movimientos, eran personajes esculpidos por el maestro, incluso con "los pechos atravesados por cavidades, a manera de corazones abiertos...".

¡La naturaleza imitando el arte!